

# PENNY BERRY

y la pócima mágica

Lluís Prats



Ilustraciones de María Simavilla

sm



# PENNY BERRY

y la pócima mágica

Lluís Prats



Ilustraciones de María Simavilla



Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Lluís Prats, 2016  
© de las ilustraciones: María Simavilla, 2016  
© Ediciones SM, 2016  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9042-5  
Depósito legal: M-28795-2016  
Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*To my scots, Jennifer and Nicolas*



---

# BBC WORLD

EL PERIÓDICO GLOBAL

---

INTERNACIONAL

Viernes 20

N.º 20.658.547

---

El pasado cuatro de julio, agentes de la Brigada de la Policía Judicial de Glasgow (Escocia) detuvieron a cinco personas en Inverlochy, acusadas de provocar un grave incendio que arrasó numerosas hectáreas de bosque. Las investigaciones llevadas a cabo han permitido determinar que su origen se debe a las rencillas entre dos familias que se habían agredido poco antes a puñetazos.

La policía ha destacado en nota de prensa que esta investigación ha sido ardua, espinosa y complicada, debido a la nula colaboración de los implicados por miedo a represalias, ya que varios vecinos declararon señalando con temor hacia el abandonado castillo de Inverlochy.

Uno de los testigos, Arthur, asegura que esa noche vio sobre volar la zona a «dos monstruos, dragones» (!), posibles causantes del pavoroso incendio. Sin embargo, su esposa declaró a la policía que los sábados por la noche su marido regresaba del pub sin



Las bestias según la descripción del testigo. // L. M. B.

recordar el nombre de su propia calle y que, si le seguían preguntando, juraría haber visto a la reina de Inglaterra danzando sobre la barra de El Búho Verde.

Los agentes tomaron declaración a dieciocho personas. Los detenidos fueron puestos en libertad con cargos y las diligencias se remitieron al Juzgado de Instrucción número 6 de Glasgow.

---





# 1

## UN VERANO DE LO MÁS ABURRIDO



Diez años después de que los radioyentes de la BBC conocieran esos extraños sucesos, Aurelia Pettigrew, de soltera Aurelia Berry, se encontraba en la cocina de su casa con los ojos clavados en la ventana. Afuera, el viento mecía la enredadera que trepaba por el muro y los rayos del sol se colaban en la cocina para que las sartenes brillaran como el oro.

Eran las diez de la mañana y todavía iba enfundada en una bata floreada. No le había dado tiempo a ducharse porque, ese miércoles de inicios de julio, tenía algo mucho más urgente entre manos.

Sentada frente a ella tenía a Penny, hija de su difunto hermano Percy y de su cuñada Rose. Las dos llevaban un minuto exacto sin dirigirse la palabra. La mujer, de ojos grandes y azules, intentaba convencer a su sobrina de que pasar el verano en Escocia era lo mejor que le podía ocurrir a una chica de doce años.

–Serás la envidia de toda tu clase –le dijo.

–Eso si no me muero de aburrimiento... –exclamó la niña-. ¡He dicho que no, y no pienso ir!

–¡Pero, cielo! –replicó su tía-. La abuela Octavia te espera en Pitlochry. Tío Claudio y yo lo hemos arreglado todo.

Su sobrina la miró de hito en hito y se sonrió burlona mientras cuatro pecas bailaban a ambos lados de su naricita.

–No la he visto en mi vida –refunfuñó.

–¿A tu abuela? –se extrañó su tía-. Por supuesto que la has visto, Penny. Vino hace unos años y se quedó en casa, ¿no la recuerdas?

–Tía Aurelia –respondió la niña arqueando una ceja–, creo que entonces no había cumplido los cuatro años, y no, no la recuerdo. Pero seguro que es una vieja cascarrabias y muy aburrida.

–No digas eso, tesoro. Tu abuela Octavia es el ser más dulce que existe. Además, es mi madre y lo era de tu padre, que en paz descanse. Y te aseguro que no tiene tiempo para aburrirse.

Al oírla, su sobrina Penny la taladró con sus ojos color esmeralda y replicó:

–¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no ha venido a visitarme desde que era pequeña? Lo que decía: una vieja egoísta y solitaria.

Su tía lanzó otro suspiro y trató de serenarse.

–No es eso, Penny –dijo cuando terminó–. Tu abuela es una persona muy ocupada y últimamente ha estado algo delicada de salud.

–¿Delicada dices?

–Sí, delicada. Enferma. Además, no le gusta viajar, y de Pitlochry hasta Londres hay seis horas de tren.

–¡Pues también habrá seis horas para mí! –exclamó la niña–. ¿O es que yo no cuento?

Al oírla, la cara de su tía se iluminó y suspiró aliviada.

–¡Claro que cuentas, cariño! Pero... ¿has dicho *habrá*?

Penny pegó un brinco y su tía fue a añadir algo, pero alguien bajaba por las escaleras canturreando.

–Buenos días –dijo su tío, asomándose a la puerta con una estridente camisa hawaiana–. ¿Habéis llegado ya a un acuerdo?

Luego, el hombre de grandes mostachos pelirrojos miró a su sobrina con ojos vivarachos y añadió:

–Ya sabes que se trata de un viaje de negocios. Estaremos casi dos meses en la otra punta del globo.

–Por favor, no nos hagas esto, cariño –susurró la mujer–. Tío Claudio y yo llevamos planeando este viaje a Australia media vida.

–¿Y qué? –replicó su sobrina–. Yo también quiero ir a Sydney.

–El tren sale en una hora –masculló él–. Será mejor que os deis prisa, creo que me explico...

–Como un libro abierto, pichoncito –le sonrió su mujer, agotada.

Tío Claudio salió de la cocina balbuceando algo, y Penny clavó sus ojos en los de su tía.

–Si me voy con la abuela Octavia a Pitochly o como se llame...  
–dijo–, ¿me comprarás el jersey?

–¿Ese fucsia de topos negros que vimos en Camden? –se sobresaltó su tía.

Penny asintió y se arregló la coleta.

–Esta bien, cielo. Que sea lo que tenga que ser –dijo mientras Penny se levantaba de la silla–. Antes de que me olvide, ese paquete que hay ahí es para tu abuela.

–¿Y qué es? –dijo ella cogiendo lo que había encima de la cesta de la fruta.

–Un libro.

–¿Puedo verlo?

–Ni lo sueñes, y no metas tu naricita en los asuntos de otras personas.

Penny se encogió de hombros y vio escrito en una caligrafía anticuada:

*Octavia Berry  
Berry Manor  
1, Anshuinn Rd.  
pl 16 5 Pitlochry  
Escocia*

Enseguida le dio la vuelta y leyó la dirección del remitente:

*Augustus Black Friars Jr.  
Libros viejos y otras cosas más o menos interesantes  
33 bis, Charing Cross Rd.  
(sótanos del Barclays Bank)  
wc2h 0 Londres*

–¡Qué bobada! –se dijo subiendo por las escaleras.



Euston Station

39

AC21 PB8

Al llegar a la habitación lo metió en su maleta, completó el equipaje con una selección de novelas para las aburridas vacaciones que le esperaban en Escocia y bajó al vestíbulo.

Media hora más tarde, tía Aurelia, recién peinada, y tío Claudio, de un humor de perros, se reunieron en el recibidor, cargados cada uno con una gran maleta, y salieron. Penny se fijó en los extraños paquetes que su tío metía en el maletero del viejo Mondeo de color pistacho.

–¿Qué llevas ahí?

–Comida para el gato –le sonrió tío Claudio.

–No tenemos ningún gato –replicó ella con una mueca.

No pudieron seguir hablando. En ese momento, unos rayos seguidos de unos increíbles cañonazos agrietaron el cielo y empezó a caer una formidable tromba de agua. Tío Claudio arrancó el coche.

–Espero que llegemos a tiempo –murmuró apretando los dientes.

–Llegaremos, Claudio, no te preocupes –trató de calmarle su mujer.

–Y si no –se sonrió Penny–, me lleváis a Australia con vosotros.

Sus tíos se miraron aterrados, pero no dijeron nada. Por suerte, minutos más tarde llegaban a Euston Station y, mientras tío Claudio sacaba el equipaje, tía Aurelia dio las últimas indicaciones a Penny:

–¡Oh, se me olvidaba! Una de las amigas de la abuela, Calpurnia Clutterbuck, tomará este mismo tren. La encontraremos a las diez en punto debajo del reloj. No es prudente que una niña viaje sola durante un trayecto tan largo.

–¡Ya tengo doce años!

–Lo sé, tesoro, y es una edad más que respetable, ¿verdad, Claudio? –dijo a su marido, que cargaba con la maleta de Penny.

–¡Fenomenal! –refunfuñó Penny.

–Calpurnia te gustará –añadió su tía pellizcándole la mejilla–. Regenta una herboristería en Pitlochry y es muy divertida.

–Seguro –replicó ella, fastidiada–. Divertidísima...

Continuaron caminando hacia el reloj de la terminal, y Penny los siguió, pensando que el verano se presentaba insoportable y, para hacerlo aún peor, viajaría en compañía de una mujer que se pasaba el día recogiendo ortigas por el campo.

Penny y sus tíos aguardaron un buen rato debajo del gran reloj, pero cuando por los megáfonos anunciaron la salida del convoy hacia Escocia, tío Claudio se agitó nervioso.

–Se nos hace tarde –dijo echando a andar hacia el andén.

–Sí, cielo –suspiró tía Aurelia–. Confiemos en que Calpurnia llegue a tiempo.

Mientras tanto, Penny se había subido a su vagón y los esperaba en la portezuela para despedirse.

–Penny, busca enseguida tu compartimento y no hables con extraños, ¿me oyes? –le aconsejó su tía–. Estaremos aquí el último día de agosto para recogerte. Pásalo bien, tesoro.

–Claro, tía –replicó Penny, fastidiada–. Lo pasaré fenomenal.

Entonces sonó el silbato del jefe de estación y Aurelia sacó un pañuelo.

–Pórtate bien y dale un beso a la abuela de mi parte –dijo mientras se secaba una lágrima.

–Descuida, se lo daré... si no me pincha con sus bigotes.

–¡Y no te extrañes de las gentes que verás por su casa! –le gritó su tía agitando el pañuelo–. Algunos son un poco... especiales.

Penny abrió unos ojos como platos y sacó inmediatamente la cabeza por la ventanilla, pero el tren arrancó con una sacudida y tuvo que agarrarse al pasamanos.

–¿Qué has dicho? –chilló en cuanto la sacó de nuevo.

Sin embargo, el ruido era tan infernal que su tía no la oyó y siguió lanzándole besos y agitando el pañuelo, hasta que el tren tomó una curva y se perdió de vista.